

Hegel y la historia de América

Entre 1830 y 1831, Federico Hegel expuso en su cátedra de la Universidad de Berlín la Filosofía de la Historia. Carlos, su hijo, al publicar la segunda edición de esas lecciones, cuenta cómo logró el profesor Gans reunir los materiales que, convertidos en un texto universal, han venido a ser una de las obras más influyentes en la política europea. Toda esa filosofía, leída por un latinoamericano, desconcierta. Tenemos dos puntos de referencia para ver cómo se aproximaban a nuestra realidad el primer filósofo del siglo, Hegel, y el primer naturalista, Humboldt. Hegel tenía muy presentes a los hermanos Humboldt, y así, su *Filosofía de la Historia* trae en la primera página un epígrafe de Guillermo, con cierto sabor imperial: «La historia del Mundo no es inteligible fuera de un gobierno del mundo». El otro, Alejandro, que anduvo por estos mundos desde Filadelfia hasta México, La Habana, Santa Fe, Caracas y Quito, hubiera podido suministrar una divisa muy diferente, sacada de unas experiencias muy distintas: la América española estaba madura para independizarse como la inglesa. Al hacer a Bolívar esta reflexión, le decía: «lo único que ocurre es que no veo quién la acaudille...» Alejandro, pues, veía dos mundos independientes. Su punto de vista era distinto al de su hermano.

El hecho histórico está en la fecha de las lecciones de Hegel. En 1830 se habían ya independizado de cuatro imperios europeos Estados Unidos, Haití, los países hispanoamericanos menos Cuba y Puerto Rico, y Brasil. Lo que estos desligamientos, después de trescientos años de coloniaje, pudieran significar para el mundo europeo, es cosa que deben juzgar, más que nosotros, los iniciadores de los imperios, que están todos en el Viejo Mundo. Lo notable es verificar en Hegel una ignorancia extensísima sobre el hecho americano, que coloca a la América que él ve en un plano no muy distinto del precolombino. Cuando él proclama que lo americano no forma parte de la historia universal, corta de un tajo las relaciones que han podido existir entre los dos hemisferios a partir de la penetración europea que comienza en cuanto Colón abre el camino. Y así se siente autorizado para hacer estas afirmaciones: «De América y su grado de civilización, especialmente en México y Perú, tenemos informaciones, pero que no importan sino como cosa enteramente nacional, que muere en cuanto se aproxima el español. América ha demostrado siempre en ella misma ser impotente física y psíquicamente, y así ha permanecido hasta hoy. En cuanto los europeos llegaron a América, los aborígenes fueron evaporándose al solo aliento de la actividad europea. En los Estados Unidos de Norte América todos los ciudadanos descienden de europeos, que no pudieron fundirse con los aborígenes: los fueron echando atrás. Los aborígenes cier-

tamente han adoptado algunos usos y costumbres europeos, entre otros el beber brandy, que les ha traído consecuencias mortales. En el sur los nativos fueron tratados con violencia mucho más grande, y empleados en trabajos tan pesados que exigían una fortaleza para la cual no estaban capacitados. Una disposición débil y desapacible, la falta de carácter y una sumisión pasiva frente a los criollos, y mayor frente a los europeos, son las características principales de los aborígenes americanos que están muy lejos de que logren los europeos hacer que nazca en ellos, el espíritu de independencia. La inferioridad de estos individuos en todo sentido, hasta en su propia estatura, es notoria; sólo cabe descontar una raza aislada como la de los de Patagonia en el sur, de naturaleza más vigorosa pero que todavía se mueven dentro de una condición de rudeza y barbarie. Cuando los jesuitas y el clero católico se propusieron iniciar a los indios en la cultura y costumbres europeas (como es bien sabido fundaron en el Paraguay un Estado y conventos en México y California) comenzaron a tener con ellos una intimidación más cerrada y les prescribieron las obligaciones de la vida diaria que, a pesar de su propia disposición, cumplían bajo el comando de los frailes. A media noche se tocaba una campana para que cumplieran sus deberes matrimoniales. Ante todo, se quería sabiamente, despertar la formación de deseos, despertar de modo general la actividad humana...» Etcétera.

Literatura que se diferencia poco de la diatriba escrita por Pauw, y que se entiende pueda encontrarse en los escritos políticos de plumíferos vulgares, pero sorprende cuando la adopta la eminencia del más distinguido entre los europeos. Con un agravante: Pauw escribió antes de que se sublevaran las colonias hispanoamericanas, y así no pudo saber ni de los levantamientos indígenas y campesinos ni del liderazgo asumido luego por los criollos, y Hegel lo hizo después de haber sido derrotados por ejércitos de descamisados los generales de Napoleón y de Fernando VII. Si esto no es historia, ¿qué es historia?

Hegel, ¿un precolombino?

En el plan de Hegel, destacándose lo de América, que coloca fuera del teatro del mundo, se ignora, además, a los europeos que emigran de su tierra en busca de algo mejor. La América que él tiene a la vista en 1830 no es, ciertamente, una creación de los aborígenes. Ya ellos, como población única, habían sido borrados del mapa. El siglo XIX se asienta en un Nuevo Mundo mestizo, en que tanto o más valen los blancos que escaparon de su hogar, como los de todos colores que han nacido o llegado, o por gusto o por fuerza, al Nuevo Continente. Hegel desconoce a Moctezuma y a Cuactemoc en particular y a los aztecas, los mayas, los incas, los chibchas en general. Pero, además, no quiere saber de Bolívar, San Martín u O'Higgins, sus contemporáneos. Hay una razón de orgullo detrás de este imperialismo filosófico... más profunda de lo que parece. En el principio de la emigración hubo en Europa dos hermanos. El uno, aprovechando que iban a eternizarse en sus manos el blasón, la casa, los privilegios, la tierra, los títulos... se quedó en su tierra... El otro, sin todas estas ventajas, ¡salió a la más grande aventura que en veinte siglos había tentado a un europeo!, abandonarlo todo, e irse a fundar casa nueva en un nuevo mundo. Hegel se queda haciendo historia con el holgazán de los privilegios, y en cuanto al otro... ¡que se largue!

Desde 1493 la emigración fue imponiéndose como el hecho social más notable en la vida europea. Sorprende que un filósofo no advierta cómo va formándose un Nuevo Mundo, de que comenzó a hablarse en los quinientos, con otra sociedad sin precedentes. Nunca antes el europeo había tenido la posibilidad de fundar casa nueva y en la otra orilla del océano. Cualquiera puede encontrar en el que abandonaba la casa vieja una capacidad de aventura imprevisible. A la era misma se la llama de los descubrimientos. Escoger al que no se arriesgaba como fundamento de la historia, hacerla sólo con el aferrado a lo tradicional, es no reconocer una protesta justa contra la sociedad estancada que dejaba sin oportunidades a la mayoría de los habitantes del Viejo Mundo. Hoy podemos realizar esta increíble falta de visión, verificando hasta dónde ha podido llegar el desplazamiento de los blancos. Hay en América más descendientes de españoles, ingleses, polacos, irlandeses, italianos, portugueses... que en sus países de origen.

Súmense a esto los judíos, los árabes... y los republicanos españoles, y los alemanes y rusos e italianos perseguidos. La incapacidad que Hegel atribuyó a América Latina, es una negación de la capacidad creadora de los emigrantes. ¿Podrían señalarse diez nombres de vascos de los que se quedaron en España o Francia, que lleguen a la grandeza de Bolívar en América? Suponía Hegel que el que se aventuraba a salir se encaminaba a ser nadie. ¿No se daba cuenta de en qué nivel más bajo hubieran vegetado hasta su muerte Cortés, Balboa, los Pizarros, Jiménez de Quesada, Hernando de Soto... si se quedan en su tierra cuidando puercos o enamorando jovencitas? Como simple teoría, la oportunidad de entonces estaba destinada a perpetuarse en una constante de la gran transformación a partir del XVI. Europa es un continente de naciones paradas que entonces echan a caminar. Claro que el XIX va a contemplar esto en proporciones colosales. Pero es notorio el número de españoles y portugueses que en tres siglos cambian de patria. A partir del segundo viaje de Colón, con 1.200 tripulantes.

De la colonia a la república

En todas las Américas, pero más en la hispánica, la inmigración se multiplica en cuanto se pasa de la colonia a la república. España, sobre todo, mantuvo hasta el último día la política de puertas cerradas para evitar que en sus posesiones se formaran colonias extranjeras, protestantes, judías, etc. La república abre la entrada y una ola de italianos y luego de todas las naciones, viene a poblar ciudades y campos. El mestizaje pasa a ser el factor dominante en la nueva sociedad. En Estados Unidos el fenómeno ocurrió de otra manera. La ley que imperó en la colonia fue la de la frontera, que dominó como institución de dos siglos. De la raya para adentro, los blancos; para fuera, los indios. Avanzaba la raya y los pieles rojas o se iban o los mataban. Los inmigrantes llegaban con sus hembras, y se perdió la oportunidad de mezclar sangres. En la parte hispánica hubo una caída vertical en la población nativa; la destrucción de las Indias, como decía el padre Las Casas, a la cual contribuyeron la explotación por el trabajo en las encomiendas, las enfermedades y hasta suicidios colectivos de los aborígenes. Pero a medida que se fue penetrando en el continente, los nuevos amos incluyeron dentro